

# Venezuela. Contra el esencialismo político

Verónica Zubillaga

*En Venezuela se ha tornado imprescindible reconocer la diversidad y pluralidad de los actores sociales y políticos en juego. Esto es necesario para desactivar la trampa de la polarización, que aún prevalece. La elevada conflictividad ha estado alimentada por sectores antagónicos, que sin embargo no representan la complejidad de los actores y tendencias. Discriminar los matices y la diversidad es un reto para los grupos progresistas, de manera de preservar el pluralismo político.*

Los eventos del 11 de abril de 2002, cuando después de meses de alta conflictividad se enfrentaron en las calles de Caracas sectores favorables al gobierno de Hugo Chávez y sectores opositores, produciendo muertes que aún cada bando achaca a su contrario, pusieron en evidencia las consecuencias del extremismo de dos partes indispuestas al diálogo. Mostraron el «choque de trenes» como lo ha descrito Arturo Sosa, pero revelaron sobre todo el carácter reaccionario y el particularismo de una «elite» que se reivindica «educada» en el momento

de descalificar a sus oponentes chavistas y la decisión de defender el Gobierno, aún con su vida, de algunos grupos adheridos fuertemente a la causa del presidente Chávez. Los vertiginosos hechos que siguieron a este fatal encontronazo: el derrocamiento de Chávez, electo democráticamente; la formación de un gobierno de derecha presidido por el líder institucional del empresariado, Pedro Carmona (con el apoyo de un sector de los militares, de la Iglesia y del sector privado más conservador, de los medios de comunicación privados y las

---

Verónica Zubillaga: socióloga venezolana, candidata a doctorado de la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica).

Palabras clave: situación política, actores, crisis y conflictos, Venezuela.

---

autoridades estadounidenses); y la persecución de personajes identificados con el gobierno de Chávez, deben en efecto llevar a condenar y denunciar radicalmente lo que fue un golpe de Estado elemental, un gobierno de facto reconocido solamente por las autoridades norteamericanas y el gobierno español. Sin embargo, esta condena no debe llevarnos a ignorar la complejidad del actual momento. Dicho de otra manera, no ceder a la trampa del esencialismo invocando dos bloques definidos por cualidades opuestas con la consecuente satanización de unos y victimización de otros.

En la escena internacional, particularmente en el campo político, la figura de Chávez ha logrado fascinar a numerosos grupos de pensamiento progresista (y algunos otros que no lo son tanto) en contra del pensamiento único neoliberal (v. Lemoine). El actual presidente ha sido una de las pocas figuras elegidas democráticamente que se ha pronunciado contra la hegemonía de una economía de libre mercado. A su vez, ha tenido el mérito de promover procesos alternativos al neoliberalismo mercantil, regidos por el acuerdo y la solidaridad entre países, como ha sido el intercambio de petróleo por asistencia médica y deportiva con el gobierno cubano –aunque le haya valido numerosas y fuertes críticas domésticas. En términos políticos ha sido una de las pocas voces, junto

con la del entonces primer ministro francés, Lionel Jospin, en pronunciarse contra el ataque estadounidense a Afganistán. En términos político-económicos, la política internacional de relanzamiento y respeto de los convenios de la OPEP, que ha implicado el acuerdo con países del Medio Oriente (lo que también hizo en el pasado el ex-presidente Carlos Andrés Pérez) para la acción conjunta y en resguardo de intereses propios, según expertos efectivamente ha producido el aumento de precios, permitiendo una importante entrada de recursos a la economía. De modo que esta figuración contestataria que articula discurso político y política económica, en la plataforma de las relaciones internacionales, ha logrado el escozor creciente de las autoridades norteamericanas quienes, como comienza a develarse, tuvieron una participación sustantiva en los sucesos de abril. Es esta misma figura la que logra el encantamiento que produce el comandante Chávez entre los enclaves de pensamiento progresista en el ámbito internacional, sobre todo europeo.

En el plano doméstico la situación precisa un análisis más detenido, que dé cuenta de la complejidad y aporte herramientas para comprender los eventos de abril. Chávez ha reavivado la conciencia política de múltiples sectores. No se ha mostrado complaciente con los sectores de poder tradicionales y ha puesto el

dedo sobre la principal herida venezolana: la desigualdad y la displicencia de las elites en pugna. Chávez se ha erigido como defensor de los sectores excluidos, denunciando en sus encendidos discursos la relegación de la que han sido objeto, la corrupción de los gobiernos precedentes, dormidos en los laureles de la riqueza petrolera y luego saturados por la polarización entre la indiferencia y el consumo ostentatorio de los sectores privilegiados, y los mecanismos cotidianos de sobrevivencia de una mayoría segregada en barrios precarios.

La *orientación social* del Gobierno se ha materializado en una Constitución que reconoce importantes derechos sociales a amplios sectores (Lemoine; Quispe; Wilpert 2000a). Este aspecto es fundamental para comprender la incondicionalidad del apoyo popular, no solamente a Chávez sino también a lo que esos sectores sienten como derechos ganados con la nueva Constitución. Sin embargo, no puede ocultarse que hasta el presente (casi cuatro años después de su elección), no se ha articulado una política social o una sustantiva política económica que permita la mejora de las condiciones cotidianas de vida de la población, hecho que a la vez le ha valido a Chávez el distanciamiento de fracciones de sectores populares que tradicionalmente lo habían apoyado.

Según los analistas (unos identificados con el proceso, aunque no de manera acrítica, y otros muy críticos), este déficit social se ha debido a la ausencia de una política clara, a la desconfianza respecto a los programas sociales de gobiernos anteriores (que condujo al rechazo automático de programas que habían demostrado ser eficaces), y por último a la puesta en práctica del Plan Bolívar 2000, uno de planes sociales más significativos, duramente criticado, por un lado, al ser las Fuerzas Armadas las encargadas de desplegarlo y, por el otro, por los grandes escándalos de corrupción que se han desatado en su seno (España; Lander/López-Maya). Ahora bien, esta incapacidad de intervenir de modo sistemático en el campo económico no debe ser vista independientemente de las respuestas de las elites económicas para debilitar un régimen que perciben como amenazante. Una de las estrategias de las clases altas para proteger su amenazado patrimonio ha sido la paralización de la actividad económica y la sistemática fuga de capitales, lo que ha contribuido al descalabro de la economía venezolana (Wilpert 2000b), resultando la clase media el sector más desprotegido.

El abandono de los sectores medios fragilizados, entre quienes en un principio Chávez encontró amplio apoyo, no debe ser minimizado. Al representar un sector minoritario (y

en consecuencia no constituir la base del chavismo), ha sido rápidamente olvidado, lo que ha derivado en esa veloz disposición a aliarse con poderosos grupos empresariales, que como se demostró en los eventos de abril sólo han velado por sus propios intereses. Estos sectores medios no representan un sector homogéneo; si unos ponen en evidencia su racismo o clasismo y apoyaron lo que fue un golpe de derecha, otros, al hacerse patente el giro de los acontecimientos (esto es, que se trataba de un golpe de Estado y no de una rebelión popular, como muchos inicialmente pensaron), se pronunciaron contra la interrupción institucional. Así, para comprender la complejidad de la situación, debe señalarse que la oposición de Chávez reúne una heterogeneidad que va desde los sectores más reaccionarios y racistas a quienes molesta el presidente por su aspecto mestizo y su hablar llano, como por la amenaza que representa contra sus intereses, hasta distintas asociaciones, ONGs, o grupos de opinión que le apoyaban inicialmente y se han distanciado por lo que denominan autoritarismo o por la militarización de cargos públicos fundamentales, pasando por sectores obreros clientelares identificados, con partidos políticos desplazados, organizaciones políticas hoy minoritarias, grupos de extrema izquierda, así como sectores populares descontentos ante

la ausencia de resultados de la política económica. La diversidad de estos sectores opositores nos parece una clave importante para interpretar la sobreestimación de la capacidad de convocatoria de los grupos que lideraron el golpe (Sosa) y el fatal olvido del apoyo incondicional de una importante fracción de los sectores populares, dispuestos a demostrar una mayor paciencia en lo que concierne a las promesas económicas del gobierno.

Si una de las fortalezas de Chávez ha sido concientizar a la población vulnerable de la necesidad de reclamar y defender sus derechos y, más aún, recuperar la política como forma de acción colectiva, una de sus mayores debilidades se revela en gobernar estableciendo divisiones, nuevas exclusiones y blandiendo permanentemente un discurso de confrontación. Así, si las *orientaciones democráticas* del presidente Chávez han producido procesos significativos de cambio, las *orientaciones autoritarias*, materializadas en la innecesaria aceleración de ciertas decisiones, el sectarismo y la utilización de un discurso plagado de agresiones contra sus adversarios, deben al mismo tiempo encender la guardia, y producir pronunciamientos igualmente críticos de los grupos identificados con procesos de cambio democráticos, plurales y realmente participativos.

No debe ocultarse que la promulgación de la Ley de Tierras, que reconoce sustantivos derechos a los agricultores, se realizó a través de un proceso acelerado, que concedió poderes especiales al Ejecutivo. Este mecanismo permitió la rápida sanción de leyes que en efecto atentaban contra intereses de las elites económicas, pero produjo muchos e innecesarios errores. Según los analistas, estas leyes bien podrían haberse discutido y considerado de manera más prudente y democrática en el seno de la Asamblea Nacional, donde el sector chavista tiene mayoría (López-Maya), evitando de esta manera las posteriores enmiendas improvisadas, las acusaciones de autoritarismo y el hito inicial que marcó la radicalización de las elites económicas. Asimismo, Chávez y sus colaboradores más incondicionales han demostrado una muy escasa tolerancia hacia la disidencia interna. En este ámbito mencionemos solamente la censura o exclusión de los miembros de la Asamblea Nacional que demostraron en el pasado una disposición favorable al diálogo con la oposición, como también la progresiva separación de numerosas personalidades que representan una pérdida importante para el proyecto. Sin duda, la exigencia de adhesión absoluta impide toda capacidad crítica y ha producido un aislamiento que comienza a tornarse cada vez más visible.

Las estrategias de consolidación del régimen en el plano de la *organización popular*, aunque han difundido la necesidad de la coordinación y la acción conjunta, se han caracterizado también tanto por su *sectarismo* como por su *orientación defensiva*.

El sectarismo se ha manifestado en el apoyo y financiamiento protagónico a organizaciones de base identificadas incondicionalmente con el régimen y la consecuente relegación de organizaciones alternativas. En reuniones que mantuvimos durante 2001 con maestros de escuelas primarias en sectores populares, surgía como evidente que la manera más expedita, eficaz y segura de obtener la aprobación de proyectos y financiamiento para sus escuelas era a través de la constitución de Escuelas Bolivarianas, hecho que preanuncia a todas luces el clientelismo, tantas veces denostado por Chávez. Organizaciones de trabajo comunitario, de larga trayectoria y labor en medio de dificultades, perciben su relegación y han manifestado no pocas veces su descontento. Por su parte, la orientación defensiva se ilustra en la emergencia y financiamiento de los denominados Círculos Bolivarianos, que si bien representan organizaciones populares para la resolución de necesidades locales, uno de sus objetivos primordiales también pasa por la «defensa de la revolución bolivariana». En este sentido, aunque no se puede asociar

la totalidad de estos Círculos con los brotes de violencia hacia opositores en las manifestaciones y protestas que se presentan casi diariamente en el país, tampoco debe ignorarse la explicitación del uso de la violencia, la amenaza permanente y las agresiones ejercidas sobre los otros identificados con el «bando contrario». Las manifestaciones y protestas donde se tomaban las calles o se quemaban cauchos y carros, están cediendo el paso a choques desde marchas paralelas, donde palos, armas y agresiones en general están ocupando el terreno. Tampoco debe silenciarse el apoyo oficial a activistas que han agredido sistemáticamente a manifestantes opositores en marchas pacíficas (anteriores a los sucesos de abril), por parte de los más duros representantes del chavismo, o su silencio frente a las denuncias e ineludibles revelaciones acerca de la aparición de grupos armados paralelos (como el denominado Grupo Exterminio en el estado Portuguesa y aledaños).

Tampoco los sectores que apoyan al proceso bolivariano deben ser percibidos de manera monolítica (Sosa; Wilpert 2000a y b). El grupo más notable es un sector duro, dispuesto, como se dijo, a la utilización de la violencia (o en algunos casos a la agresión psicológica como forma de amedrentar al oponente). En este mismo sector hay

que diferenciar la emergencia de nuevos líderes y nuevos grupos adheridos incondicionalmente a Chávez (y que en efecto concentran la atención de los medios de comunicación), de grupos de izquierda más prudentes, de larga historia organizacional y trabajo de base en la clandestinidad, que fueron amenazados, perseguidos y torturados en el pasado. Se revelan también sectores medios concentrados en cargos públicos, que brindan un apoyo duro al régimen, y otros de apoyo moderado, así como grupos de trabajo de base, con amplias trayectorias de reflexión y labor comunitaria, actuando para que los derechos adquiridos se traduzcan en la realidad cotidiana, y sean capaces de reconocer que muchos «enemigos del proceso» están al lado del propio Chávez, tal como me ha sido numerosas veces expresado.

Cabe preguntarse si era inevitable la escalada de agresión en las confrontaciones. Nos parece simplista asociar las expresiones de violencia a las alocuciones presidenciales, puesto que éstas deben verse a la luz de una larga historia de humillación y exclusión de la mayoría venezolana. En este sentido, Chávez ha articulado y levantado una indignación profunda, no la ha creado. Pero también, debe señalarse que el presidente y sus colaboradores duros han demostrado una excesiva terquedad y torpeza apostando por

la confrontación, la intolerancia (acaso militar) y perdiendo el tiempo en ataques defensivos en lugar de reforzar y velar por el trabajo de su equipo y de acentuar la difusión de los indiscutibles logros de su gestión (Quispe; Wilpert). Los insultos, burlas o amenazas (que no se han materializado pero que son relevantes en la formación de un sentimiento de hostilidad percibida, sentida y experimentada) hacia quienes critican el proyecto chavista, revelan la falta de tino de Chávez ante el disenso, que a decir verdad constituye una tribulación cotidiana a la que cualquier político debe enfrentarse.

El horizonte que se cierne sobre Venezuela adquiere un matiz sombrío, visto el peligro de que grupos minoritarios de los sectores en conflicto (Sosa) sigan monopolizando la escena y arrastrando tras ellos los acontecimientos –lo que podría derivar en una guerra civil (como desde ambos lados irresponsablemente comienzan a apostar). No atender a la heterogeneidad en las acciones y en las orientaciones de los diferentes actores, es contribuir al esencialismo que impide la reconciliación y el acercamiento. No hacer caso a la complejidad es opacar la acción cotidiana de múltiples sectores que trabajan actualmente por el cambio social y que entienden que este cambio debe ser necesariamente

firme pero también plural, inclusivo y pacífico. Condenar el particularismo de unos no debe llevar al apoyo incondicional de soluciones que apuestan por la violencia y que resultan igualmente sectarias. El despertar de la política debe seguir circunscrito al terreno de los argumentos, los debates, las manifestaciones y presiones que han producido hasta el presente cambios profundos y significativos. El gran reto para los sectores progresistas es contribuir a que las voces, palabras y manifestaciones diversas de orientación social y humanista, y no las armas de algunos bandos, sobresalgan y se impongan en el decisivo panorama actual.

Caracas, mayo de 2002

### Referencias

- Lander, Luis E. y Margarita López-Maya: «Venezuela. La hegemonía amenazada» en *Nueva Sociedad* N° 167, 5-6/2001, Caracas, pp. 15-26.
- Lemoine, Maurice: «Coup d'Etat au Venezuela. Hugo Chávez sauvé par le peuple» en *Le Monde Diplomatique* N° 578, 5/2002, París, p. 49.
- López-Maya, Margarita: «Venezuela. El paro cívico del 10 de diciembre» en *Nueva Sociedad* N° 177, 1-2/2000, Caracas, pp. 8-12.
- Sosa, Arturo: «Venezuela: 4-14 de abril 2002. Del choque de trenes al programa mínimo», 2002, mimeo.
- Quispe, María T.: comunicación personal.
- Wilpert, Gregory: «Venezuela after the Coup Attempt: Will Chávez' Project Survive?» en *The Left Turn*, 2002a (en Internet).
- Wilpert, Gregory: «Venezuela: Not a Banana-Oil Republic after All» en *Znet*, 2002b (en internet).